

Estampas de la tradición de una ciudad.

Personajes pintorescos

Oruro, que en su larga trayectoria ha pasado por etapas de bonanza, de austeridad y hasta de manifiesta pobreza, registra en sus anales la presencia de personajes que por su variedad y singular protagonismo, merece un estudio especial desde los puntos de vista sociológico, etnográfico y folklórico, como contribución a la estructura y al conocimiento de nuestra historia tradicional. Así, desde remotas épocas, son numerosas los personajes pintorescos que animaron con sus ocurrencias, el interés del pueblo de Oruro: "el Chiruchlru", "el Ninanina", "El Corredor", "el Manteca", "el Chejchiperlita", "el Plero", "el Macho", "el Tanta oso", "el gullita Negra", "el Cocacho", "el Alberto", "el Negro Palma", "Agua de la Vidita", "el Ch'unchula", "çivarez" y muchos más. Es cierto que algunos de éstos, aunque pintorescos, se los puede tomar como negativos, en razón al temor y desconfianza que causaba su presencia y sus actitudes frente a los curiosos ojos de la población, sin embargo y, en consideración que cada caso significa un mundo aparte, publicamos a manera de ejemplo las siguientes personas:



El Alberto

Alto, de constitución física fuerte, tez blanca, abundante barba y una cabellera por años, no recortada ni la vada, sujeta generalmente por una cuerda, asemejando un cuero de oveja de lana grisácea, apelmazada por el tiempo, puesta artificialmente para cubrirse la cabeza.

Pobre. Cubría su cuerpo con ropas remendadas, los pantalones arremangados dejando desnudas las pantorrillas, los pies descalzos o con zapatos viejos cuando podía.

Era aguatero. Provisto de un fuerte palo de hombro a hombro del que pendían dos ganchos por los extremos, por encargo de aperas y comidaras les proveía del líquido elemento y trasladaba también sendas ollas de comida para su expendio popular en "el mercado de arriba", hoy Fermín López.

No era bebedor, pero sí fumaba, hablaba poco y no hacía amistades ni se ocupaba de la vida de nadie; cumplida su tarea diaria, luego de servirse algún bocancho ofrecido por las comidaras, dormía la siesta sobre la acera del mismo mercado, en la esquina de las calles Cochabamba y Washington o, meditaba mientras fumaba con profusión.

Al atardecer, calle Cochabamba arriba, se dirigía a descansar en su morada, una cueva adaptada de alguna labor minera antigua, en el cerro Pie de Gallo.

Lo singular de este personaje era su disposición y competencia para escribir cartas por encargo, complaciendo la necesidad de gentes del mercado y jovencitas del barrio, obligadas circunstancialmente a responder a requisitorios y galanteos escritos, enviados por desesperados pretendientes. "Lleva la correspondencia -dica José Bravo Riva- de cholitas que ignoraban los signos del alfabeto y luego de interpretar la umbra de los esplotarios, discretamente, urgido por la recepción, escribía expresivas cartas de contestación con caligrafía ágil y clara"; como se decía en ese tiempo: con letra de contador.

Encorvado frente a un extremo de uno de los largos mostradores instalados a la entrada del mercado, "el Alberto" escribía cartas de esposas desesperadas por la suerte de sus maridos, combatientes en la guerra del Chaco; de madres impacientes enredadas en el torbellino de la ausencia; y de jóvenes, hombres y mujeres que, entre lágrimas y suspiros, expresaban sentimientos que nuestro personaje traducía en bellos pasajes de amor y ternura que le

obligaban a él mismo, a enjugar sus lágrimas recordando quizá momentos de placer o desengaño que pudieron ser acaso, causa de su enajenación, dolorida y reposada en la soledad y el abandono.

Nadie sabe explicar su procedencia ni su origen, se decía que era yugoslavo y simplemente, se le creía extranjero por su presencia física y tez blanca. Por su identificación, Alberto Córdoba, se decía también que era descendiente de la familia de Jorge Córdoba, hijo político del General Manuel Isidoro Belzu y su sucesor, como Presidente de Bolivia. Sin embargo, el dato más coherente lo señala como a un honrado empleado, oficinista de la Aduana de Uyuni, localidad donde -se dice- había sufrido un fuerte desengaño amoroso que trastornó su vida haciéndose crecer desde entonces el cabello y abandonando ocupación y todo tipo de comodidad; un día, en un tren "internacional" llegó a Oruro, donde discurrió el resto de su existencia tranquila, sin causar mal a nadie, por el contrario, haciendo el bien, sirviendo de humilde aguatero del mercado y curando penas de amor y de ausencia con las bellas cartas que escribía que, como bálsamo, devolvieron fe y esperanza a mucha gente, gente que en agradecimiento, le dio cristiana sepultura, en gran cortejo, el día que lo encontraron muerto en su lecho de una cueva del Pie de Gallo, único testigo de su profunda soledad espiritual y de sus cuitas de amor y desventura.

Agua de la Vidita

Como una caricia celestial por su callada ternura, por su aparente desinterés por el mundo que le rodeaba, por su noble y pia soledad bienhechora, caminaba las calles de Oruro Paulina Solís, mujer sencilla, menuda de estatura, vestida de larga pollera y mantilla oscuras, sombrero deformado por el tiempo o, no sometido a horma oportunamente.

Ni brebaje, ni filtro mágico era lo que vendía a cinco centavos la tacita, era un bebedizo medicinal tónico que ella ofrecía como "agua de la vidita". Provista de una lata cargada a la espalda y una pequeña jarra, también de lata trabajada artesanalmente, de la que servía a los clientes durante su recorrido de diminutos pasos apurados al ritmo de su leve silbar, más parecido a un rítmico resoplar con los labios pronunciados hacia adelante, interrumpido sólo para pronunciar su conocido pregón de "agua de la vidita... agua de la vidita..." frase que con el tiempo quedó como apelativo definitivo para identificarla, dejando de lado su nombre de pila, insospechadamente destinado al olvido.

Un grupo de muchachos debidamente adiestrados por ella misma en el conocimiento de la flora de los cerros de Oruro, se encargaba de recolectar: malva, hediondilla, muña, palco, romonillo, sauco, salvia, toronjil y lampaya (hierbas que curan dolencias respiratorias, digestivas, renales, circulatorias y cardíacas) que ella, se encargaba de dosificar en base a hulla hulla, retama, flores de salvia de la virgen, pétalos de clavel blanco, canela y azúcar para luego proceder a su cocción. Una vez enfriado el olfúir y dispuesta en la lata que llevaba a la espalda, acudía al templo del Socavón donde realizaba un ritual con encendido de velas y oraciones, plegarias especiales para lograr la bendición de la Virgen de su devoción y proceder después a su venta por las calles de la ciudad, acompañada de su leve silbar, su paso menudito, ágil y su suave pregón: "agua de la vidita... agua de la vidita... agua de la vidita..."

Producto de su trabajo cotidiano, Agua de la vidita, podía disponer de suficientes recursos económicos, a pesar de su aparente pobreza; pagaba por la por la humilde pieza que habitaba en el pequeño conventillo de doña Simona, en la calle Petot y Ayacucho: devota de la Virgen del Socavón, no le hacía falta las rituales velas de cabo y flores. En una ocasión, obsequió a la Virgen, una capa sencilla color canela, coloración que caracterizaba al bebedizo medicinal y otorgador de suerte y felicidad que ofrecía como "agua de vidita".

Un día, luego de experimentar un disgusto con doña Simona, dueña del pequeño conventillo donde vivía, Agua de la Vidita salió de su habitación en cumplimiento de su diaria actividad de vender su agua tónica y medicinal e inesperadamente, fue atropellada por un vehículo motorizado y trasladada al Hospital General, donde horas más tarde dejó de existir.

Su entierro se produjo al día siguiente con gran acompañamiento popular, dejando este mundo al amparo de la milagrosa Virgen del Socavón y dejando junto a su recuerdo, el desconsuelo de cuantos bebían agua de la vidita, ansiosos de mantener salud y felicidad por ella pregonada y anunciada, mientras entregaba la tacita del milagroso bebedizo, a cinco centavos.

Álvarez

Yo soy çivarez, de Sucre. Solía repetir con orgullo y prestantia este hombre que a pesar de su pobreza y algún grado de trastorno mental, trataba de presentarse vestido de la manera más pulcra posible con su ropa aunque ralda por el tiempo y ante todo, el sombrero pingoso por el uso, siempre arreglado debidamente de acuerdo a su forma original.

Vivía seguramente en algún abrigo natural de la serranía que custodia la ciudad de Oruro, de donde bajaba diariamente recogiendo flores silvestres, con las que llegaba al poblado y especialmente en la plaza principal y otros parques, sorprendía a parejas de enamorados o damas y caballeros solos, prendiéndoles una flor en el pecho y recitándoles un breve romance de su autoría, indudablemente:

"Desde la banda he venido / tras de una flor amarilla / creyendo que era rosa / y había sido hediondilla" (flor del arbusto de pétalos amarillos llamado también Andrés Walla en quechua y Sajich en aymara).

Dicho esto, se destacaba extendiendo el sombrero hacia los agasajados que dejaban caer algunas monedas en su fondo, que çivarez agradecía con finos modales de poeta y tras una vez, se retiraba como todo fino caballero.

Rimador, obstinado en jugar con palabras y situaciones mundanas mentalmente, recorría la ciudad siempre en busca de clientes adecuados a su estilo, hombres, mujeres, jóvenes enamorados, gentes solitarias, aburridas, burfonas, respetuosas, tolerantes siempre dispuestas a escucharle:

"As de copas, As de copas / nos queremos como opas, / As de bastos, As de bastos, / tú disfrutando / y yo el de los gastos."

A veces, más osados que otras dejaba escuchar, quizá por experiencias vividas en el pasado, sus propias quejas: desamores, rompimiento y frustraciones que pudieron ser causas para su enajenación mental.

"As de oros, As de oros, / no me vengas con tus flores. / As de espadas, As de espadas, te sacaré a paladas"

No faltaban en su diario peregrinar, grupos de jóvenes que reunidos en una esquina o junto a un banco de algún parque de la ciudad, que le pedían a nuestro siempre pintoresco personaje, les recite sus poemas. çivarez complacido como de costumbre, repetía parte de su repertorio, a guisa conclusión, con los finos modales que le caracterizaban, adelantaba el sombrero hacia el joven auditorio pero, en ocasiones, obviamente, no recogía ni un centavo como aporte a tan delicada actuación, en tales casos, se calaba el sombrero y sentencioso decía modo de despedida: "La juventud noble, / enamorada y pobre".

Solo, sin amigos, pero satisfecho por haber contribuido espiritualmente en el ámbito de la población, se recogía a disfrutar del necesario descanso, recordando tal vez, algunas circunstancias de su pasado, alegrías, travesías o decepciones que lo empujaron a esta simpática locura; satisfecho también por haber recaudado algunas monedas en la jornada, para solventar de algún modo su precaria subsistencia en este común, ancho y largo valle de lágrimas".

Alberto Guerra Gutiérrez Oruro, 1932 - 2006. Poeta, escritor. Fue Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.